

Tania Pleitez Vela

Sobre *Los migrantes que no importan* de Óscar Martínez

Universitat de Barcelona, España

tpleitez@gmail.com

No cabe duda que la crónica periodística vive un momento de gran impacto y acogida, no solo en América Latina, sino también en el mundo. El hecho que el premio Nobel de Literatura 2015 lo haya recibido la periodista bielorrusa Svetlana Alexiévich, ya nos indica el protagonismo que esta narrativa ha adquirido en la actualidad. Pero, ¿qué es exactamente la crónica? ¿Periodismo o literatura? Quizá la definición más clásica sea aquella enunciada por el mexicano Juan Villoro: la crónica es “el ornitorrinco de la prosa”, a lo que agrega:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la “voz de proscenio”, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser. (S.p.).

En pocas palabras, se trata de un género híbrido, un espacio textual donde se solapan varios géneros. En ese sentido, los cronistas han encontrado una forma de “hacer arte sin

necesidad de inventar nada”, como afirma Darío Jaramillo Agudelo; a diferencia del reporteo, el cronista cuenta historias en primera persona y se sumerge en la realidad sin la “urgencia de producir noticias”.

Para el argentino Martín Caparrós –autor de *El hambre* (2015) y de un puñado de libros de crónica– el antecedente más antiguo que tienen los latinoamericanos son las crónicas de los conquistadores: “Así escribieron América los primeros [cronistas]: narraciones que partían de lo que esperaban encontrar y chocaban con lo que encontraban. [...] Ese choque, esa extrañeza, sigue siendo la base de una crónica.” Probablemente también podemos encontrar ciertos antecedentes en las crónicas modernistas de Martí, Darío, Nervo, Gutiérrez Nájera, Herrera Ressig, aunque estas más bien eran de corte poético-filosófico, humorísticas y breves. Efectivamente, a principios del siglo XX, la crónica modernista declinó sin llegar a su cenit, o a ocupar el centro de la escena: “La crónica [...] ha muerto a manos del *reporter* [...] La pobre crónica, de tracción animal, no puede competir con esos trenes-relámpago”, dirá Gutiérrez Nájera. Así las cosas, la crónica permaneció escondida en una época en que se imponían la noticia escueta y la prisa informativa.

A partir de mediados del siglo XX, aparecen los “clásicos modernos” de la narrativa periodística latinoamericana: García Márquez, Eloy Martínez, Poniatowska, Monsiváis ... Sin duda, uno de los grandes hitos relativos a este género fue la publicación de *The New Journalism* (1973), la célebre antología editada por Tom Wolfe y E.W. Johnson. A partir de ahí se consolidaron plumas como la del propio Wolfe, Truman Capote, Hunter Thompson, Norman Mailer, Joan Didion y Gay Talese. Al mismo tiempo, destacaron otros como Oriana Fallaci, Kapuchinski, Alma Guillermoprieto ... Así las cosas, y con semejantes emblemas, no es de extrañar que la crónica periodística del siglo XXI haya recuperado protagonismo y se encuentre en plena expansión. Entre sus representantes actuales, solo en América Latina, sobresalen Martín Caparros, Leila Guerrero, Gabriela Wiener, Juan Villoro, Alberto Salcedo, Pedro Lemebel, Julio Villanueva Chang, entre otros.

En Centroamérica destaca *Los migrantes que no importan* (2010) del salvadoreño Óscar Martínez. Creo que no exagero al decir que este libro ya se ha convertido en un clásico dentro de este género, y no solo en la región sino más allá de sus fronteras: ha sido traducido al

inglés como *The Beast* (Verso Books, 2013/ WOLA-DUKE Book Award 2014) y al italiano como *La Bestia* (Fazi Editore, 2014). De hecho, Martínez es un reconocido cronista a nivel internacional: recientemente ganó el prestigioso premio Moors Cabot, otorgado por la Universidad de Columbia, y el Premio Internacional a la Libertad de Prensa, del Comité para la Protección de Periodistas. Asimismo, fue coordinador de “En el camino” y actualmente es coordinador de la “Sala Negra”, ambos del periódico *El Faro*. Estos proyectos se han nutrido del periodismo de profundidad y han desarrollado temas de migración en México y de violencia y crimen organizado en Centroamérica, respectivamente. Asimismo, este salvadoreño es coautor del libro de crónica *Jonathan no tiene tatuajes* (UCA Editores, 2010) y *Crónicas negras, desde una región que no cuenta* (Aguilar, 2013). Ha sido antologado en los libros *Crónicas de otro planeta* (Debate, 2008), *Nuestra aparente rendición* (Random House, 2011) y *Antología de crónica latinoamericana actual* (Alfaguara, 2012).

Los migrantes que no importan recoge catorce crónicas que relatan la travesía de los indocumentados a lo largo de 5,000 kilómetros a través de México, entre vías férreas y pueblos con nombres de difícil pronunciación. Es el viaje de miles de centroamericanos que sufren vejaciones cada año, cada mes, cada día. Óscar Martínez realizó la travesía varias veces durante más de un año y apuntó lo que escuchó y vio en su libreta. Convivió con los migrantes, durmió en sus albergues, comió con ellos, se subió a La Bestia y cruzó el río Bravo. Se trata, pues, de un libro escrito desde el terreno.

Quizá uno de los méritos más sobresalientes de este libro es que el autor entra en las cavernas emocionales de los personajes y no solo describe los detalles externos de la epopeya que narra. ¿Qué subyace bajo las historias personales que narran los migrantes? El libro revela las estructuras resquebrajadas que adolecen a la región –violencia, miseria, abandono, desintegración familiar– y las estructuras corruptas mexicanas que se benefician del viaje de los indocumentados –secuestros, extorsiones, violaciones, mafias–.

La tensión de la narración está marcada por tres puntos. El primero se refiere al relato sobre el lugar desde el cual emprenden el camino los migrantes, donde el detonante que les empuja a salir de su tierra es la pobreza y la violencia. Como explica Roberto Valencia, solo en El Salvador, el número de muertos en 2015 fue de 6,657, es decir, 102 homicidios por cada

100,000 habitantes. En Colombia la cifra oficial de homicidios es 12,540, pero para equipararse con la tasa salvadoreña deberían haber enterrado a casi 51,000 colombianos. En España asesinan a unas 300 personas al año, pero para llegar a los niveles de El Salvador tendrían que asesinar a 47,769 personas. No hay duda que se vive una guerra. En el lugar de origen también hay un mosaico de hogares rotos donde predominan mujeres víctimas de la violencia familiar o social, jóvenes sin opciones y con un futuro negro. Una de las mejores crónicas se titula “Las esclavas invisibles”, gracias a la cual podemos conocer las vidas de mujeres esclavizadas sexualmente en la frontera sur de México; centroamericanas que desde niñas solo han conocido la brutalidad humana.

El segundo punto se refiere al camino en sí, que no es otra cosa que la supervivencia, donde los migrantes transitan el miedo, se adentran en esa tierra desconocida, y solo se detienen para medio dormir y comer. El periodista aprovecha esos breves momentos de descanso para conversar con ellos y aprender a ver el mundo desde la óptica de aquellos que viajan lejos de una Ítaca en ruinas, despojados y sin comparsa heroica. En este punto es donde se ubica con alta definición la fotografía verbal que realiza Martínez, aunque siempre estableciendo un diálogo con los otros dos puntos. El tercer punto se refiere al sueño del lugar donde llegarán, pero se trata de uno incierto, difuminado y, sin embargo, es lo suficientemente contundente para animarlos a seguir. La sensación que le queda al lector es que durante el camino los migrantes muelen aire en sus bocas, entre jornadas de infinito cansancio y adrenalina.

La tensión entre estos tres puntos se concreta por medio de técnicas narrativas. No obstante, el recurso formal no tiene el propósito de exaltar la tragedia como un todo o una mole, sino para contar, de forma desnuda, seca, a golpe de palabras, la anatomía de esas vidas, el hecho menudo, de cada uno de sus personajes. Es así como el autor desmenuza el pozo que se los traga y contra el cual luchan. A lo largo del libro, se pueden encontrar imágenes, símiles, metáforas, alegorías, diálogos, monólogos, creando así relieves narrativos. Martínez echa mano de recursos retóricos que logran transmitir a cabalidad la dimensión de la brutal realidad que describe; hace que podamos tocarla, olerla, darle un rostro, olvidar los números estadísticos y ver unos ojos, unas manos, unos pies que caminan. En este entramado, La

Bestia, ese tren macabro que tanta muerte y dolor lleva en sus vagones, se convierte también en un personaje, un “sólido gusano”, con cabeza y cola que resuena, con “muelas” que mutilan y al que se enfrentan “perfiles de guerreros” que lo intentan subir mientras se encuentra en movimiento lanzando su solitario y escalofriante pitido. La imagen de estos migrantes, su colosal batalla contra esa bestia, tiene reminiscencias medievales.

El libro salió meses antes que tuviera lugar la terrible masacre de 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas (México). Se convirtió así en un documento contundente respecto a lo que salió a la luz en todos los periódicos del mundo: no se trataba de un acontecimiento aislado sino de una práctica recurrente, arraigada, la cual era conocida por autoridades mexicanas, ya sea como cómplices o negligentes. Martínez contribuyó así romper el silencio que rodeaba a ese viaje atenazado por el crimen organizado. Desaparecía la lógica de aquellos que querían ver únicamente remesas cuando se hablaba de migración centroamericana a los Estados Unidos; se desmoronaba la imagen única del centroamericano emprendedor que forjaba su nueva vida y construía su sueño americano, la imagen folklórica del hermano lejano. *Los migrantes que no importan* descubrió la verdadera historia de esa migración, la de los que no importaban, las violadas en Chiapas y los secuestrados en Veracruz.

Martínez, Óscar. *Los migrantes que no importan*. Barcelona: Icaria editorial, 2010. 272 págs.

Martínez, Óscar. *Los migrantes que no importan*. Oaxaca: Sur Plus, 2012.

Bibliografía

Jaramillo Agudelo, Darío. “Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno”. *Antología de crónica latinoamericana actual*. Ed. Darío Jaramillo Agudelo. Madrid: Alfaguara, 2012. 11-47.

Valencia, Roberto. “El Salvador es un charco de sangre”. Crónicas guanacas. *Los blogs de El Faro* 5 de enero 2016.

Villoro, Juan. “La crónica, ornitorrinco de la prosa”. *La Nación* 22 de enero 2006). <<http://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>>.